

fiar en la curación de vuestros excelentes maridos, que parecen tan sanos. Pero es indispensable que apliquéis el medicamento requerido. Sin médico puede haber curación; sin enfermera, no.

No es tan difícil, á mi entender, el tratamiento; pero si pasáis junto á los maridos como pasaban los fariseos junto al paralítico, de cierto que no se curan. Lo mejor es hacer lo que hizo Jesús: decirles que están sanos. No os aconsejo que les digáis:—alza tu cama y anda,—porque pudieran llevársela á otra parte. Pero sí os aconsejo que les digáis sencillamente *¡anda!* teniendo cuidado de apoyarlos si tropiezan al dar el primer paso.

¿No es algo paralítico el que desconfía de sí mismo, el que no tiene fe, y por lo mismo no tiene esperanza, y por lo propio se arrepiente de haber tenido caridad algunas veces? Pues á ese decide:—*¡anda!* ¡Tú puedes ser sabio ó puedes ser ministro!—Llegará á gacetillero ó llegará á escribiente; pero algo es algo. Lo importante es decirle:—*¡anda!*

Que crea en sí mismo, que crea en su fuerza, como creyó el paralítico del Evangelio, y ya veréis si se mueve.

¡Cuántas parálisis morales se curan de esta suerte! ¿Qué es la parálisis? Tener dormido el cuerpo. Pero á los que tienen pesado el sueño, los despiertan. Y todos, señoras mías, llevamos algo dormido dentro del alma. Todos necesitamos un despertador con campana bien sonora. Y ese es el problema al casarse: ¿resultará la esposa despertador ó apagador?

A algunos se les paraliza el cariño; hay que decirle á ese cariño:—*¡anda!* Otros se paralizan en el tapete verde, en el mármol de alguna mesa de café, en el sofá de la amiga que sonríe.

Pero—no todos—algunos se quedan postrados en el tapete, en la mesa ó el sofá, porque la mujer, la única redentora posible, no les habla como habló Jesús al pobre enfermo: con amor y sin preguntarle por qué y cómo se enfermó.

¡Si supiérais, señoras, cómo ata una sonrisa! ¡Si viérais cómo, á veces, hasta los malos son buenos, si los quieren bien! ¡Si os convencierais de cómo se aborrece el champagne viendo cabellos rubios, ó castaños, ó negros, pero de uno, es decir, de otra persona que es de uno! Pero ¡qué digo! vosotras lo sabéis mejor que yo, y hasta me diréis que siendo padre, no debiera saberlo. Pero, por lo mismo, señoras, por lo mismo.

Y porque lo sé, y porque os quiero mucho (con permiso de vuestros esposos), deseo que pongáis en práctica mis consejos. Anhele que tengais la convicción de vuestra fuerza propia, y os digo: *¡anda!* como Jesús al paralítico.

Así seréis dichosas, relativamente. Y téngase en cuenta que no puede ser más desinteresado mi consejo, porque me gusta mucho consolar á las desgraciadas que llorarían con ojos muy hermosos, si lloraran.

TERCER SERMÓN.

Hermosas señoras mías:

Refiere hoy el Evangelio la curación de un hombre poseído del demonio mudo. Era aquél, de los mudos que no hablan, porque téngase en cuenta que hoy en día y merced á los adelantos de la ciencia, hay mudos que son muy habladores; al paso que personas muchísimas conozco que hablan y nada dicen, cual si fueran mudas. Dicho se queda, por supuesto, que este mudo era hombre, pues no pocos doctores y varios sabios de otra especie afirman, que no ha habido ni habrá mujeres mudas. El mutismo es masculino.

Sobre si fué útil ó no, para la sociedad, la curación de ese individuo, nada podré decir, porque el Evangelio no es explícito en lo tocante á este milagro; no puntualiza cuál era la condición del poseso á quien Jesús curó, para dar muestra ostensible de su gran poder; no dice si era tonto ó avisado, ni registra las palabras, frases y discursos que pronunció, ya sano, en el transcurso de su vida. La palabra es un don de Dios, no cabe duda; pero así como Dios hace todo bien y permite los males para nuestro ejercicio y mayor corona, así concede la palabra á unos para que nos enseñen y cautiven; y á otros para que, oyéndolos hablar, hagamos saludable penitencia.

Dícese á menudo que la palabra es lo que distingue al hombre de la bestia; pero abrigo algunas dudas sobre el particular, porque, con muchísima frecuencia he oído decir de álguien que habla, y precisamente porque habla: ¡qué animal es este hombre!

Quédese ello sin averiguación, y hablemos, señoras, de los mudos. No es culpa mía hablar de tanto enfermo: paralíticos, mudos, agonizantes, ciegos y muchos moralmente adoloridos son los que presenta á nuestra meditación el Evangelio. En él, como en la vida,

hay muy pocos felices, en el sentido netamente humano de la felicidad. Por lo propio es sublime el Evangelio, porque parece un hospital, un asilo, una casa de amor en donde vive y sonrío, y cura y hace bienes la-santa, la divina Caridad.

Por fuerza mi sermón de hoy ha de tener varios puntos de contacto con el más reciente. Hace ocho días hablaba de los paralíticos que andan, y ahora hablaré de muchos mudos que hablan.

El mutismo es una enfermedad generalísima, si bien, por dicha, intermitente. Hasta me atrevo á asegurar que nadie escapa á esta dolencia. Todos, de cuando en cuando, enmudecemos. Abrid cualquiera novela—que no sea inmoral—y encontraréis en alguna página esta frase: «Fulano (ó mengano) enmudeció.» Y vosotras mismas, señoras mías, sin ir más lejos, sois las que más práctica tenéis de hablar con mudos. De jóvenes. . . digo, de solteras—porque todas vosotras sois muy jóvenes,—veis á un hombre que os simpática. . . que os gusta. . . que os conviene. . . y que os quiere.

Adivináis su cariño, con esa perspicacia femenil que ve el amor ajeno casi antes de que nazca; pero el amor recién nacido es como todos los recién nacidos: no sabe hablar. . . nada más llora! ¡Y ahí está vuestro trabajo, en enseñarlo á hablar! Ese amor mira, suspira, pasea á su víctima por la acera que está enfrente de vuestra casa, así como las ayas *pasean* á los niños para dormirlos; y ¡cosa rara! es necesario que ya esté muy bien dormido para que hable. Generalmente, á fuerza de paseos, se duerme el novio ó aspirante á novio, y entonces ya no le canta la nodriza: él es quien canta. Si el amor es verdadero, cuesta más trabajo que hable. Es de natural miedoso, como si temiera lo que va á sucederle. . . quiero decir, lo que le sucediera si vosotras no fuérais lo que sois: amantes, bellas y honradas. Pero, á decir verdad, pocos resisten á vuestro poder, á vuestra magia, y en devolver la palabra á mudos, sois maestras, renovando á cada momento el milagro que nos refiere el Evangelio. Hay personas que decididamente no quieren hablar; que están conformes con ser mudas; que lo son por su gusto; que se tapan la boca con la mano, como los chiquillos á quienes dan alguna medicina desagradable; y sin embargo, á esos renuentes, á esos tercios, los hacéis hablar y hasta decir lo que jamás habían pensado. No: mientras haya ojos de mujer como los vuestros, no habrá nunca hombres mudos.

En justo acatamiento á la justicia agregaré que en esa tarea de enseñar á hablar, os ayudan con eficacia extrema las mamás. Más hay que sacan un «¡yo te amo!» hasta de alguna piedra. . . particularmente si la piedra es preciosa.

■ Pero á pesar de vuestro poder y á pesar de la experiencia de vuestras mamás, soléis hallaros con algunos mudos rehacios á quienes no se consigue devolver el habla: ¡mudos como tapia! Se os mue-

ren ó cambian de médico algunos de vuestros enfermos, señoritas. ¡Si supiérais lo que se sabe en el confesonario! ¡Cuántas de mis hechiceras penitentes me traen su mudo á la rejilla! Sobre todo, las casadas. . . Por supuesto que no vosotras, no las casadas que me oyen, sino las casadas de afuera, las casadas de la calle. Esas tienen un mudo con quien bailaron un vals, ó que escribió versos en su álbum, etc., etc. En los más de los casos resulta que ese mudo no era mudo, sino que callaba porque no tenía deseos ni humor de hablar. Otros, probablemente si hubieran recobrado el uso de la palabra, habrían dicho alguna gran majadería. Pero como nada dijeron, se suponen ellas que tendrían cosas buenas que decir. La voz del marido la conocen ellas: es como la de muchos. Pero la voz de aquél mudo. . . ! Sería tal vez. . . sería probablemente. . . indudablemente sería la de Gayarre!

Lo temible es que de repente, después de que hayáis pronunciado en la iglesia, con acompañamiento de música y de amigas, el formidable monosílabo, se suelta hablando ese mudo. Porque entonces charla como loro y os aturde. Primero, cuando estáis aturdidas—y el aturdimiento dura poco,—os parece esa voz la de un tenor asombroso. Pero, á poco la oís como es en realidad, como la voz de vuestro esposo, como la de todos; pero con el aditamento de que os impone miedo, de que os exige la sumisión, so pena de la vida; de que mañana, por el mandato imperioso de esa misma voz, vuestros hijos tendrán que aborreceros. . .

Os. . . vosotras. . . ¡qué he dicho! La elocuencia arrebatada, arrastra. . . ¡perdonadme! Hablaba con las señoras de allá afuera; no con las que vienen á oírme, sino con las que vienen á arrodillarse en mi confesonario.

Porque debo decirlo, aunque no lo creáis, aunque os escandalicéis: hay señoras que tienen ó han tenido amantes. . . Pocas. . . sí. . . muy pocas, . . . pero algunas. ¡Libreme Dios de ser duro con ellas! La iglesia de que soy párroco se llama la Indulgencia y la Imagen más venerada en ella, es la Virgen del Perdón. Para que nosotros los sacerdotes perdonemos, nos obligan á ser célibes. Si fuéramos casados, habría un pecado que no podríamos perdonar. Pero como solo de nombre somos padres, perdonamos.

¡Sabe Dios—y yo también sé—cuántas de ellas van á otro amor porque el marido las echa, como propietario despiadado, del que habían escogido para habitarlo, para hogar! ¡Sabe Dios las blasfemias, los horrores, las infamias, que dijo ese ex-mudo, después de pronunciar el *sí* delante del altar! Pero este capítulo de disculpas, este juicio final, de algunos hombres que no tienen derecho á ser médicos de su honra, porque ellos mismos la enfermaron, será asunto de otro sermón. En el de ahora hablamos solamente de los mudos.

También algunas de mis penitentes me hablan de mudos actuales,

de los mudos *post nuptias*, no de los que vagan allá en el alba de la virginidad, no del primo tímido, no del poeta soñador, no del guapo mozo que bailaba wals, no de los que se fueron, sino de los que vienen: del que se sienta junto á ellas en el canapé, del que sube al palco y les habla de la ópera. . . . y nada más de la ópera; de aquél á quien las palabras se le salen por los ojos y no pueden brotarle de los labios. ¡Qué misterio, señoras mías! Acaso esos mudos, si hablaran, serían los amantes menos peligrosos! Hablo, por de contado, en sentido mundano, porque ya tengo dicho que soy un sacerdote laico. Y serían los menos peligrosos, porque esa falta de voz acusa exceso de emoción; porque en ese silencio pasa callado el amor; porque respetan; porque están en el caso del joven inexperto que enamora á una soltera y que ronda su calle y que tiembla al escribir la primera carta y que desea casarse. . . . con la única y grave diferencia de que la soltera de ellos ya es casada.

Y como estos mudos que no hablan continúan callando, llega entretanto el mudo audaz, el de rápida curación, el que cree que á él se le debe todo, el fátuo ó el atrevido ó el casual ó el que paga, y ese es el malo, digo, es el más malo, porque ese siempre desprecia y corrompe de seguro.

En mi opinión, para impedir que algunos mudos hablen tonteras, al empezar á hablar, cuando solteros; que otros vuelvan á enmudecer después del matrimonio; y que, no pocos, hablen algún día y en mala hora, lo que debe hacerse es hablar mucho. Y para esto voy á dar algunos consejos, no á vosotras, sino á vuestras amigas. Hay un hablar. . . . y otro hablar. Y desde luego os digo que hablar con los ojos es muy malo, porque casi siempre se dice ó se oye una mentira ó un disparate. Y también os advierto que hay dos palabras temibles en castellano, puntualmente las que por arterías y mañas del idioma son las más fáciles de pronunciar: el *sí* y el *no*. Las demás son gente menuda. Cuidáos, pues, de ellas, y atendedme.

La mujer, antes de casarse, cree que ya hizo hablar al mudo desde el momento en que éste le envió una carta encabezada por esta palabra, que suele ser todo el prólogo de un drama:

«Señorita:»

Desde esos dos puntos, el novio empieza á hablar hasta por los codos y hasta por el balcón y la ventana. La novia hace lo mismo, y en verdad, esos dos habladores son dos mudos. Porque hablan de la flor, del ramillete, del vestido, del baile, de la amiga, de un desconocido ó conocido de vista que se llama el amor, y de otras diversas chucherías; pero de lo importante, de lo grave, de lo trascendental, de sus respectivos caracteres, de sus mutuos sentimien-

tos, de cómo viven, de cómo han de vivir, no hablan nada. Es el suyo, en resumen, un diálogo de dos mudos, oído por una sorda corta de vista: la mamá. Y porque nada hablaron, antes del matrimonio, los dos novios, véis á tantos casados que andan por ahí del brazo, muy juntitos y con los ojos muy tristonos como los bueyes que van tirando del arado.

Tal parece que este contrato de por vida se hace á hurtadillas de la verdad y de la moral. Que hablen los prometidos, ¡pero que no se digan nada! Que se vean, ¡pero que no sepan quiénes son! Al novio le ponen un centinela en la sala, tal vez no para cuidarlo sino para que no se les escape; y á la novia la sujetan á la vigilancia del contrarresguardo doméstico, para que no introduzca un contrabando. Y pasados algunos meses de este jugar á las escondidillas, se casan dos desconocidos, para conocerse, á poco, demasiado. Hay, pues, antes del matrimonio, mudos por compromiso y mudos por su voluntad. De los primeros ya hablé: son las víctimas. Los otros. . . . suelen ser los verdugos. En el noviazgo, en la escuela preparatoria del matrimonio, se enseña á hablar á los mudos, pero nada más les enseñan tres palabras, que son las que consideran fundamentales del idioma. Primero: *Te amo*. Y luego, *sí*. Entre aquella frase y este monosílabo abren un paréntesis que, por lo común se deja en blanco, ó se llena con dibujos, con florecitas, con besos y otras monerías. Después del matrimonio los mudos empiezan á hablar largo y tendido. . . . y entonces suelen decirse cosas que no son para oídas.

Por lo mismo, aconsejo que los novios hablen mucho y en castellano claro antes de casarse, y por lo mismo, deseo también, muy vivamente, que Dios les devuelva el habla á las mamás, para que griten menos cuando se metan á políticas.

Después del *te amo* y antes del *sí* es cuando se les debe de soltar la lengua á las futuras cónyuges.

Respecto á los mudos voluntarios, de ambos sexos, diré poco, en atención á que realmente y por más que predique en la iglesia de la Indulgencia, me resisto á perdonarlos. Que un hombre ó una mujer estafen una vida, es delito imperdonable. Un jóven simpático dice con verdad ó sin ella á una señorita: *quiero á usted*. Si la quiere, necesita para ser querido á su vez, tener algunas cualidades. Pon-gamos que no las tiene: en tal caso se las fabrica, engaña, miente, se las roba. Ha comprado con moneda falsa una virginidad, un cuerpo, un alma? Qué, el amor es disculpa? No, señoras! También hay pobres á quienes les gustan mucho las piedras preciosas; pero si no tienen para adquirirlas y las hurtan con astucia ó engaño, del escarapate, no se les llama pobres enamorados, sino viles ladrones. A esos mudos que ya dijeron: SEÑORITA. . . . les preguntó la felicidad de esa virgen, por dónde iba su camino, y entonces fueron mudos los infames.

Otro joven simpático—pongo ahora por caso,—le conviene á una niña casadera. Le conviene porque es buen mozo, porque tiene dinero, porque tiene porvenir (como se dice malamente), ó nada más porque desea casarse. Y para que no se vaya, para que crea en ella, para uncirlo á su vida, como se unce un buey á la carreta cargada de paja, le finge amor, le finge virtudes, le esconde todo lo malo, todo lo ruín, todo lo putrefacto que ha de llevarle en dote; le habla mucho delante de la mamá, encubridora y cómplice, de su modestia de su humildad, de lo malas que son otras mujeres y habla mucho, habla mucho ¡y qué muda que es esa habladora!

Ya véis, mis oyentes, cómo la mudez es enfermedad harto común. Acompañadme ahora á pedir al Altísimo que muchas hablen y que algunas callen.

Así sea.

CUARTO SERMÓN.

«En aquel tiempo: Vino Jesús á una ciudad de Samaria llamada de Sicar, vecina á la heredad que Jacob dió á su hijo José. Aquí estaba la fuente de Jacob. Jesús, pues, cansado del camino, sentóse así sobre el brocal de este pozo. Era ya cerca la hora de sexta. Vino una mujer samaritana á sacar agua. Díjole Jesús: Dame de beber. (Es de advertir que sus discípulos habían ido á la ciudad á comprar que comer). ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber á mí que soy samaritana? (Porque los judíos no comunicaban con los samaritanos). Díjole Jesús en respuesta: Si tú conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: «Dame de beber;» puede ser que tú le hubieras pedido á él, y él te hubiera dado agua viva. Dícele la mujer: Señor, tú no tienes con que sacarla, y el pozo es profundo: ¿Dónde tienes, pues, esa agua viva? ¿Eres tú por ventura mayor que nuestro padre Jacob que nos dió este pozo del cual bebió él mismo, y sus hijos y sus ganados? Respondióla Jesús: Cualquiera que bebe de esta agua, tendrá otra vez sed; pero quien bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás volverá á tener sed: antes el agua que yo le daré, vendrá á ser dentro de él un manantial de agua que manará hasta la vida eterna. La mujer le dijo: Señor, dame de esa agua, para que no tenga yo más sed ni haya de venir aquí á sacarla. Pero Jesús le dijo: Anda, y llama á tu marido, y vuelve acá. Respondió la mujer: Yo no tengo marido. Dícele Jesús: Tienes razón en decir que no tienes marido, porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido. En eso la verdad has dicho. Díjole la mujer: Señor, ya veo que tú eres un profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar donde se debe adorar. Respondióle Jesús: Mujer, créeme á mí: ya llega el tiempo en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis. Pero noso-

tros adoramos lo que conocemos: porque la salud procede de los judíos. Pero ya llega tiempo, ya estamos en él, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque tales son los adoradores que el Padre busca. Dios es espíritu, y por lo mismo los que le adoran, en espíritu y en verdad deben adorarle.»

Esto, mis señoras, dice el Evangelio que, de seguro, leísteis el viernes último en vuestro devocionario forrado de terciopelo color de oro viejo. Eso dijo el mismo Dios, y uno de sus ministros más elocuentes (y más amables porque es francés), el padre Didon, dice lo que sigue en su flamante y hermoso libro, JESUCRISTO:

«Ese encuentro de una mujer en el pozo de Jacob; esa petición de un vaso de agua; ese coloquio, esos incidentes tan comunes en la vida, dieron á Jesús ocasión de manifestarse tal cual era, en su conmovedora y sublime intimidad.»

«El es el Cristo, el que viene, el que esperan los samaritanos, los judíos y toda la humanidad: dícelo á una pecadora á quien transforma su presencia y á quien inicia su palabra en la verdad eterna; á sí propio se llama el Don de Dios; y promete que á cuantos lo piden, comunicará el Espíritu que llama él «agua viva,» tomando este símbolo precisamente del agua que pedía la Samaritana.»

«¿Qué espíritu es éste? ¿De dónde viene? ¿A dónde va? Impenetrable en la sustancia, se muestra solo en los efectos, porque en las almas creyentes se transforma en la única fuente abrasadora que calma las esperanzas infinitas. Como los manantiales terrestres cuyo punto de término está á la altura de su origen, el agua viva del Espíritu nace en las profundidades de Dios, brota en las conciencias y en Dios mismo va á perderse. Dar esa agua viva, es la función propia del Mesías: El es el verdadero pozo de Jacob, abierto por Dios mismo en el sitio en que se cruzan todos los caminos por donde va la caravana humana: El funda así la religión eterna, el culto en espíritu y en verdad. En lo venidero, ya no será Jerusalén la enemiga de Garizim: El es el Templo y ese Templo, está en todas las almas que habita el Espíritu y que adoran á Dios en ese Espíritu de verdad y de amor. Ésa es su Iglesia, ese es su Reino.»

Otro padre, excomulgado éste, —también los samaritanos, mis señoras, estaban excomulgados, —el reverendo y virtuoso sacerdote Ernesto Renan, dijo algunos años antes casi lo mismo que el elocuentísimo predicador á quien acabo de citar y al que todavía no han excomulgado. Esto se lee en la *Vida de Jesús*, con relación al coloquio de que hablamos:

«Aquel día Jesús dijo por primera vez la palabra que había de ser la base y el cimiento de la eterna religión; fundó el culto puro, sin fecha, sin patria, el que practicarán todas las almas levantadas hasta el fin de los tiempos. Y desde ese día memorable no solo fué su religión la religión buena de la humanidad, sino la religión absoluta;

tanto que si en otros planetas hay habitantes dotados de razón y de moralidad, su credo religioso no puede ser diverso del proclamado por Jesús, cabe el pozo de Jacob. El hombre no ha podido mantenerse en él porque solo podemos asir el ideal durante brevisimo momento. La palabra de Jesús fué un relámpago en noche oscura. Mil ochocientos años se han necesitado para que la humanidad — ¡qué digo...! ¡una porción infinitamente pequeña de la humanidad! — se haya acostumbrado á realizar esa palabra. Pero ese relámpago será la luz algún día, y tras de haber recorrido los tenebrosos círculos de los errores, la humanidad convertirá la mirada á esa palabra como á la expresión suprema é inmortal de su fe y de su esperanza.»

¿Verdad, señoras, que el padre Renan y nuestro padre Didon, que está en París, se parecen á ratos? ¿Verdad que el Amor y el Perdón — dos hermanos gemelos — son los que fundaron el Cristianismo, y los que piden limosna para alimentarlos? ¿Verdad que dar agua al sediento y esperanza al que la ha menester, sin preguntarle si cree en esto ó en aquello ó si ha cometido algún pecado, siempre es muy hermoso?

Como esta eficaz virtud de la indulgencia es la que me he propuesto inculcaros en mis sermones cuaresmales, por tenerla en altísimo concepto y creer que de ella depende en mucho vuestra doméstica ventura, no podía dejar que pasara inadvertido el Evangelio del perdón más amplio. Ya os he dicho que á la adúltera no la perdonó Jesús: á lo menos no consta en los Libros Santos tal perdón. Perdonó explícitamente á la Magdalena; pero ésta era pecadora nada más y, para que nos entendamos, diré que era una pecadora católica y no una pecadora hereje como la Samaritana. Ya sabéis que los judíos veían á los samaritanos, como algunos de nosotros miramos á los yankees. Amén de ello, la Magdalena estaba arrepentida de sus culpas y amaba mucho al Salvador: circunstancias ambas que hacían el perdón menos difícil.

Perdón bueno el de la Samaritana, la de los cinco maridos, la yankee, la protestante, la que no conocía á Jesús, la que titubeó antes de darle el vaso de agua, la que no sabemos si era hermosa ó fea. Eso es lo que se llama perdonar.

Algunas señoras —no vosotras que sois todas unas santas, porque tenéis la santidad de la belleza y porque yo os canonizo, —suelen no imitar el divino ejemplo de Jesús. Para ellas hay dos clases de samaritanas: la samaritana de raza, la yankee, la extranjera, y la samaritana de vida... la... la... la que no ha sido tan virtuosa como algunas mujeres y como vosotras. ¡Y á ninguna de las dos perdonan!

Vais á escandalizaros, porque de seguro ni presumíais que se cometieran estas injusticias: hay mujeres que detestan á otras única-

mente porque son extranjeras. Y no llamo extranjeras tan solo á las que han nacido en otro país. Para la fea, extranjera es la hermosa; para la tonta, extranjera es la inteligente; extranjera es la rica para la pobre, y para la mal vestida es extranjera la que gasta buenos trajes. Ni ellas se resignarían á pedir un vaso de agua á esas samaritanas, ni éstas probablemente se arriesgarían á beber el agua que ellas les dieran. Y sin embargo, señoras mías, ¡ganarían tanto esas proteccionistas, esas chinas, con decir á las samaritanas: ¡Acercaos!

Yo, que no soy médico, creo que todo es contagioso, hasta la belleza, hasta el talento. Una mujer rica, de esas extranjeras que se visten bien de seda, pueden enseñar á otra pobre á vestirse bien de lana. La diferencia consistirá en que un traje será bonito y rico, y otro, bonito nada más. Pero á los hombres lo que nos gusta es lo bonito.

Lo necesario en la vida—y sobre todo, en la vida del matrimonio—es imitar lo bueno. ¿Para qué inventar, si es más difícil?

Lo malo es que muchas señoras, lejos de imitar lo bueno en donde lo hallen, aunque sea en las samaritanas, procuran hacer lo contrario. Cuántas veces va el marido á alguna casa únicamente porque en ella preparan bien el café. Al principio no le gusta más que el café; pero á fuerza de ir, y á fuerza de que su mujer le diga diariamente —jese café ha de ser pésimo!—acaba porque le sigue gustando el café, y, además, la señora que lo sirve. Cuánto más valdría que la esposa preguntara á esa que puede ser su amiga y todavía no es su enemiga:—Señora, ¿cómo hace usted ese café?

Por eso digo á las que me oyen. . . me equivoco! á las que no me oyen:—¡acercaos! Ya no hay samaritanas ni judías! Ya no hay Jerusalén ni Garizim!

Hay encantos, señoras, que se pueden robar honradamente. Hasta las gentes malas pueden enseñarnos, desde lejos, algo bueno. La lectura de los libros prohibidos puede permitirse á las mujeres casadas. . . Siempre que se limite á algunas páginas.

Comunmente—y hablo, por supuesto, de aquellas que se casan con un hombre honrado y que las quiere,—las que se quejan de que otra mujer les robó el cariño de su esposo, son cómplices en el delito. Cuando menos, por inadvertencia fueron víctimas, y no hay que culpar á la policía. . . digo, al marido. En este mismo púlpito predicó ayer otro padre de la Iglesia un sermón edificante sobre el homicidio del Sr. Hernández. Dijo, y tuvo razón: que, en parte, el asesinado tuvo culpa. ¡Acostumbraba estar solo, á obscuras. . . y rodeado de joyas! Naturalmente, la tentación fué poderosa.

Yo, por lo mismo os recomiendo, que no dejéis á vuestros maridos solos ni á obscuras, porque todo marido que está solo busca y encuentra compañía; y todo marido que está á obscuras. . . encuentra

alguna luz, con L, mayúscula. Y dejar solo á un marido es no entrar en su vida, es no seguir su pensamiento, es no amar lo que él ama y puede amar su esposa. Dejarlo á obscuras es no querer, no saber cómo se enciende la luz en el alma con un beso.

Cuando la catástrofe acontece, dicen algunas que las han robado. ¡Pero si se han dejado robar, señoras mías. . .! ¡Si dejaron, como el Sr. Hernández, abierta y á obscuras la joyería. . .!

No me cansaré, pues, de repetiros, que pidáis á las samaritanas, á las enemigas de raza, todo lo bueno que puedan daros. Esto á las samaritanas que llamo yo «extranjeras,» porque son de otra belleza ó de otra inteligencia. En cuanto á las samaritanas que. . . que han tenido cinco maridos como la del Evangelio, también tengo que aconsejaros el perdón. No, la amistad, no; pero sí la indulgencia. Jesús habló con la mujer de Samaria porque era hombre. La Virgen Madre, el arque-tipo supremo de la mujer, no habló con ella.

Pero, oyentes mías, cuando os hablen de esas pobres samaritanas. . . ¡seguid siendo buenas!

No voy á repetiros el verso célebre de Víctor Hugo, porque sería eso una vulgaridad imperdonable; pero ¿qué sabéis? ¿qué se yo? ¿qué sabemos?. . . Algunas son malas, porque heredaron la maldad como se hereda la locura, porque su sangre es como vino adulterado, porque sus instintos y sus pasiones son como los borrachos. Pero eso que lo diga el médico: nosotros no tenemos los datos suficientes para hacer el diagnóstico.

Otras, mis señoras, han tenido cinco maridos como la mujer de Samaria, porque cuatro fueron malos y el otro acaso lo es ó va á serlo.

Hay una máxima inmoral que dice: *Hazte rico honradamente si puedes, y si no. . . hazte rico.* En el amor, que es la tendencia á adquirir lo más bueno y lo más bello, esa máxima. . . continúa siendo inmoral, pero es más humana y hasta más perdonable.

Registra muchos mártires el legendario; pero son más los que no han querido ser mártires. Pues qué, ¿no hay carne? ¿No hay espíritu? ¿No quiere éste saber de amor, y aquel gustar de amor?

¿Qué sabéis de los desencantos que han sufrido esas mujeres que no hallaron nada noble que amar? Disculpad á unas, perdonad á otras; compadeced á todas.

¡Pobres! ¡Esas sí que son pobres. . .! ¡Las que piden amor, porque no tiene que comer su alma, las que están solas cuando están con su marido!

Por las que son malas, de maldad, pedid á Dios misericordia; por las que no son buenas, orad también, pero con más cariño. No habléis con ellas, como Jesús con la Samaritana—porque Jesús era hombre;—no les pidáis agua, pero dadles, sí, el agua viva de vuestros consejos.